

[1]

EL HOMBRE NUEVO Una síntesis

Florencio Mezzacasa

Esta elaboración comprende dos partes: la primera coordina los principales pasajes bíblicos referentes al hombre nuevo (A y B); y la segunda, las conclusiones que se derivan (C). Cada uno de los asertos bíblicos y teológicos presentados, es ya significativo por sí solo, pero la convergencia del conjunto hace de este artículo una síntesis inspiradora.

En la búsqueda y tentativa de una nueva definición del hombre, para un cristiano, es imprescindible el recurso a la Sagrada Escritura. En ella tenemos cristalizada la experiencia de fe de un pueblo que a lo largo de dos milenios fue buscando su imagen auténtica. Su situación existencial peculiar y las vicisitudes de su agitada historia, enriquecieron su búsqueda que, garantizada por Dios, nos ofrece una clave de vida.

A. — Proyecto divino del hombre nuevo: la creación

La descripción más acabada del proyecto divino del hombre nuevo, para una nueva humanidad la traza el autor sacerdotal de la época del exilio (s. VI). Judá, como pueblo, se encuentra en un estado de total frustración. Lo ha perdido todo: tierra, bienes, instituciones. La misma teología, sobre la que se apoyaba su existencia como pueblo, se ha desmoronado. Su fe se sumerge en una profunda crisis, agravada por el mundo ambiental en que vivía. El paganismo babilónico con sus mitos y cosmogonías lo va tentado incesantemente.

[2]

En medio de este mundo viejo y derrumbado, el autor sacerdotal vuelve a repensar su vocación como hombre perteneciente al pueblo de la Alianza. Su fe, latente bajo las cenizas de la destrucción, vuelve a resurgir renovada y fecunda, verbalizada en un escrito kerygmático, el documento sacerdotal.

En la cosmovisión mítica babilónica el hombre está condicionado y salvado por un acontecimiento primordial que es siempre idéntico a sí mismo. Allí, en la repetición del rito, el hombre no es libre. Por eso no se da la construcción de un futuro nuevo. Lo único que se da es el continuo y alienado regreso a un tiempo ya pasado, mito del eterno retorno, por demás a-histórico.

En cambio, la cosmovisión bíblica difiere totalmente. Es una antropovisión que presenta al hombre como síntesis acabada del universo. Mediante un lenguaje mítico y en un esquema estructural en forma de pirámide invertida nos presenta al *hombre nuevo de la creación*. La punta de la pirámide remata con la creación del hombre. Dios, luego de haber creado los espacios: firmamento, agua, tierra y verdor, los va llenando con las lumbreras, peces, aves, animales y coronando todo, “creó al hombre a su imagen y semejanza”. A través de esta estructura se percibe claramente la intención del autor respecto a la vocación del hombre:

- Dios crea al hombre a su “imagen y semejanza”, una comunión, una íntima afinidad, análoga a la relación *padre e hijo* (Gen 5,3).
- Dios crea al hombre a su “imagen y semejanza”, “macho y hembra los creó” (Gen 1,27). El hombre es un ser en relación social, destinado a formar una gran familia, una comunidad fraternal: “sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra” (Gen 2,28).
- Dios crea al hombre a su “imagen y semejanza” y “domine en los peces del mar, en las aves del cielo y en todo animal que serpee en la tierra” (Gen 2,28). El hombre posee el dominio total de la creación infrahumana.

Al aparecer el fenómeno humano, la *evolución*, asumida libremente por el hombre, se transforma en *historia*. Este paso constituye la primera acción salvífica de Dios: Dios libera al hombre de las tinieblas, del caos, o sea, de lo viejo y le entrega en sus manos lo nuevo, la vida, el mundo-historia, que es un dinamismo en marcha hacia el futuro. La plenitud de lo humano debe efectuarse en una triple dimensión: *comunión personal con Dios, comunión fraternal entre los hombres y dominio de la naturaleza*. Es lo que se realiza

[3] *en el paraíso*. Para el autor bíblico el paraíso terrenal no es algo que pertenece al pasado sino al futuro. Es un proyecto que estimula continuamente la fe y la correspondencia del hombre y a pesar de su infidelidad continúa siendo una posibilidad real.

De acuerdo al relato bíblico, las fuerzas del caos y de la muerte irrumpirán nuevamente no bien el hombre les dé vía libre. Ese es el sentido del pecado, cuyo signo es la muerte, que es el fracaso del hombre como hombre, a través de la desobediencia, el fratricidio, la guerra, la injusticia, la prepotencia, la mentira.

De este modo el proyecto divino respecto al hombre se vio frustrado y la humanidad terminó en un fracaso, *el diluvio*. Pero Dios reanuda siempre el diálogo con el hombre señalándole el camino para la realización de su imagen. Noé es el hombre nuevo, salvado de las aguas del caos, comienzo de una nueva humanidad. Su misión es continuar el plan de Dios frustrado por Adán:

- Hombre a imagen de Dios” (Gen 9,6), con quien pacta una alianza (Gen 9,9-11).
- “Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra” (Gen 9,9), “Quien virtiera sangre de hombre, por otro hombre será su sangre vertida” (Gen 9,6).
- “Todos los animales..., quedan a vuestra disposición” (Gen 9,2).

Esta humanidad también resultó una frustración, como lo da a entender la narración de *la torre de Babel* (Gen 11,1-9), debido al egoísmo y a la ambición del poder humano.

Abraham es presentado como el hombre nuevo sacado por Dios del caos de la idolatría para emprender un camino nuevo, el de la fe. Es el arquetipo de toda la humanidad y en su éxito existencial devela el destino de la historia humana. El logra realizar la imagen que desfigurara Adán. Por eso las “promesas” continúan la línea vocacional del primer hombre:

- Relación particular con Dios, amigo de Dios.
- Descendencia numerosa, un pueblo.
- Tierra de abundancia (Gen 12,1-2.7; 15,5-18; 17,1ss).

La historia de Israel fue una sucesión de infidelidades a Yavé. quien terminó por ser para ellos un Dios oculto y mudo. Ante una teología tradicionalista que fundamentaba la sobrevivencia en las instituciones y en el mero recuerdo de los hechos del pasado, *los grandes profetas* anunciaron una acción nueva de Yavé, la destrucción del pueblo rebelde y la realización de algo nuevo en el futuro. El Dios de la historia, del pasado, se convirtió en el Dios del futuro, el de la esperanza.

[4]

No es un Dios nuevo el que vendrá, sino que serán nuevas realidades que creará el Dios de la historia. La descripción de “lo nuevo” va profundizando los rasgos del proyecto divino inicial:

- Una comunión más profunda con Dios: “Pactaré con Israel una nueva alianza, no como la alianza que pacté con sus padres. Yo pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (Jer 31,31-34).
- Un nuevo pueblo donde se viva más plenamente la fraternidad y un nuevo Éxodo (Is 11,1-5; 43,16-21; Ez 37,1-14).
- Una nueva tierra de una abundancia extraordinaria (Is 11, 6-9; 2,1-5).

De estas profecías se puede deducir que:

- 1 — La nueva realidad es un acto creador de Dios, para el futuro.
- 2 — Si bien se utiliza la imaginería de lo antiguo, “lo nuevo” es más que la restitución. Con todo, el pasado sirve como símbolo y anticipo real para expresar la promesa del futuro.¹

Esto totalmente nuevo e inesperado se realiza en la persona de Jesús.

B. — Jesucristo, el hombre nuevo

El Vaticano II expresa claramente la síntesis de lo humano en Cristo: “El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre, y le descubre la sublimidad de su vocación. El que es imagen del Dios invisible, es también el hombre perfecto” (GS 22a y b).

1. — Jesús es el revelador definitivo del proyecto divino del hombre nuevo²

“Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en otros tiempos a nuestros padres por ministerio de los profetas” (Hb 1,1). La historia del pueblo israelita fue el lugar de la humanidad donde el

¹ J. Moltmann *Esperanza y planificación del futuro*. Salamanca 1971, p. 289.

² Este tema, junto con la exégesis de los respectivos textos del hombre nuevo en las epístolas paulinas, está tratado ampliamente en el libro de B. Rey *Creados en Cristo Jesús* (Madrid, FAX 1968). Aquí se expone sólo una síntesis de los fundamentales.

[5] hombre fue teniendo conciencia de su destino a la luz de la palabra de Dios, intérprete de su historia. Ahora "llegada la plenitud de los tiempos, envió Dios a su hijo, nacido de mujer" (Ga 4,4). Habiendo madurado suficientemente los tiempos, Dios revela clara y totalmente su proyecto por medio de un hombre que es su hijo.

Esta revelación se realiza primordialmente a través de su muerte y resurrección gloriosa entre los muertos (GS 4a). Es en el misterio pascual donde Él llevó a su plenitud su ser de hombre. En el momento de la Pascua se convierte en el hombre nuevo, el primer hombre pleno y realizado, en cuyo destino descubrimos nuestro propio destino de hombres. Él consumó la triple dimensión humana frustrada por el primer Adán y nos da a conocer lo que acontecerá con toda la humanidad al fin de los tiempos. Precisamente aquí es donde Cristo se nos muestra Salvador (Hch 2,36), en cuanto libera al hombre y a la historia del fracaso radical. El cristiano, a través de Cristo resucitado, lleva a cabo su vocación arquetípica.

2 — Cristo restablece la comunión con Dios

a. — Cristo, nuevo Adán

Cristo es el nuevo Adán, el comienzo de una nueva humanidad, el primer ser de un nuevo mundo. En Él todos los hombres y el mismo mundo están llamados a "renovarse".

1 Cor 15,20-28

Pablo personifica toda la humanidad en Adán. En su persona se halla determinada la suerte de todos, pero su destino fue la muerte porque frustró el plan que Dios le habla propuesto. En cambio Cristo, el nuevo Adán, el de los últimos tiempos, lleva a cabo ese plan, es "primicia", implica necesariamente una sucesión, de los que se salvarán. A través de ese hombre nuevo viene la vida al hombre y al universo.

1 Cor 15,44-49

Señala la diferencia entre los dos Adanes. Adán fue hecho alma viviente, o sea un ser animado, pero no *poseedor* de la vida en sí, sino que la recibe de afuera. En cambio Cristo, el nuevo Adán es el "espíritu que vivifica", que da vida. Poseyendo la vida en sí mismo, será el principio divino en el que todos los hombres serán vivifica-

[6] dos. Mediante la resurrección de su propio cuerpo arrancó a la humanidad y al mundo de su esclavitud y su corrupción, para introducirlo en algo nuevo, un orden reparado y sometido a Dios. El principio de este nuevo orden es el Espíritu.

Una profundización mayor de este tema lo presenta en la epístola a los romanos:

Rom 5,18-21

Pablo establece un paralelismo entre el pecado de Adán, causa de la muerte de todos los hombres,³ y la gracia que nos viene por el nuevo Adán, causa de nuestra justificación. No intenta establecer un paralelismo estricto entre Adán y Cristo, sino mostrar la superioridad de la obra de Cristo. Quien se une al nuevo Adán participa de la sobreabundancia de la gracia que de él emana.

b. — Cristo, imagen de Dios

El primer Adán fue creado “imagen de Dios”, pero al autodeterminarse se absolutizó, rebelándose así contra Dios. No acatando su estado de creatura, empañó esa imagen y se convirtió en un antisigno.

Pablo, en la segunda epístola a los corintios, hace una contraposición entre judíos y cristianos:

2 Cor 3,12-17

El velo sobre el rostro de Moisés es el símbolo de la ceguera de los judíos; no ven porque tienen un velo que les cubre el corazón. “Se embotaron sus inteligencias”, no saben ver la imagen de Dios en los acontecimientos nuevos que se presentan. En cambio en la Nueva Alianza el velo es quitado para que los hombres puedan contemplar “la gloria del Señor”:

“Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto vemos, como en un espejo, la 'gloria del Señor', nos vamos transformando en esa misma imagen, de gloria en gloria, conforme a la acción del Espíritu del Señor” (2 Cor 3,18).

Cristo es la “gloria” hecha hombre, signo visible de lo trascendente, revelador de Dios. En este nuevo acontecimiento, guiados por el Espíritu, los cristianos distinguen claramente la imagen auténtica de Dios.

³ Advertir que Pablo no entiende la relación causa y efecto en una estructura aristotélico-tomista, sino con su mentalidad semita.

[7]

La imagen de Dios deteriorada por el primer Adán, es renovada, reconstituida por Cristo, él nuevo Adán, mediante quien el hombre entra nuevamente en comunión con Dios.

c. — El cristiano es una nueva criatura.

El restablecimiento de esta comunión con Dios hace del cristiano una nueva criatura:

“Porque nada cuenta, ni la circuncisión, ni la incircuncisión, sino la nueva criatura” (Gal 6,14). “De suerte que el que es de Cristo se ha hecho criatura nueva, y lo viejo ya pasó, se ha hecho nuevo” (2 Cor 5,17).

De acuerdo a la mentalidad judaica el hombre perdonado era como Adán en el día de la creación, “una nueva criatura”, esto implicaba un olvido del pasado y una reconciliación con Dios, o sea el comienzo de una existencia nueva en comunión con él. Esa nueva existencia corresponde a un nuevo orden, el del Espíritu, que ha roto todas las barreras y causa en nosotros ún cambio profundo.

3. — Cristo, hombre nuevo, cabeza de una nueva fraternidad humana

A esta nueva humanidad, animada por el Espíritu, corresponde un tipo de hombre nuevo. ¿Cómo se realiza y cuál es su principio de acción?

a. — Muerte del hombre viejo y nacimiento del nuevo

Pablo habla de la muerte del hombre viejo al hablar del bautismo:

Rom 6,3-11

Pablo centra todo en el misterio pascual y lo formula en categorías liberación. Jesús ya ha realizado su Pascua. Por la Ley fue condenado a muerte, pero mediante la muerte alcanzó la liberación de esclavitud. La gloria del Padre, o sea la acción salvífica de Dios, resucitado de entre los muertos dándole una vida nueva, libre y gloriosa. Esa misma realidad, que Jesús padeció cruentamente, nosotros la vivimos sacramentalmente. Mediante el bautismo mori-

[8] mos atoda esclavitud; si formamos un mismo ser con él en su muerte, también formamos un mismo ser con él en su resurrección. Teniendo en cuenta que el sacramento no es algo mágico que ejerce la liberación en forma automática, sino que es vocacional.

¿Qué es lo viejo de lo que el bautizado se ha liberado? De acuerdo a lo expresado claramente en la misma epístola, el cristiano se ha liberado de las alienaciones del pecado, de la muerte y de la Ley. *El pecado* es una alienación, es egoísmo. Es absolutizarse de tal manera que se ignora a Dios. El pecado ha invadido carcomiendo todas las estructuras humanas personales y sociales. Fundamentalmente es falta de fe, un desconocimiento de Dios que se nos manifiesta en los acontecimientos.

La muerte en su sentido total es lo que manifiesta que existe el pecado. Como el pecado es destrucción, muerte es todo lo que impide la construcción del hombre (Von Rad), o sea la muerte es el fracaso de lo humano.

La Ley, como instrumento del. pecado, también es una alienación porque es una opresión del hombre. Pablo habla del hombre viejo sujeto al régimen de la Ley que sólo confía en sí mismo, en sus obras y no en Dios. Absolutiza tanto la Ley que hace consistir la justificación en el mero hacer obras. De este modo el hombre realiza su propia justificación. Busca sólo exterioridades, es increativo. Su relación con Dios es una mera gnosis, una instrucción, por lo tanto toda Ley es revelación y toda revelación es Ley a la que debe obedecer ciegamente. Hacer la voluntad de Dios es obedecer ciegamente a los mandamientos, de allí que los multiplique indefinidamente y luego trate de inquirir hasta dónde es pecado o no. De este modo la Ley termina por ser atea pues desconoce al Dios que se manifiesta en los acontecimientos. Su moral, la farisaica, netamente juricista, dada la imposibilidad de cumplir tantas normas, conduce fácilmente a la hipocresía. Por lo tanto liberarse de la Ley hace al cristiano adulto, independiente de los criterios humanos y abierto a la voluntad divina.

Si de Adán viene la muerte; “lo nuevo” que trae Cristo es la vida. “Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él”. “Su vida es un vivir para Dios”. Esa vida es libertad: “donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Cor 3,17; Gal 5,1). Libertad no es liberación de todo vínculo, sino liberación del mal para realizar el bien. De allí que esta vida nueva es una tarea, un continuo quehacer. Si no se da un cambio profundo, una

[9] conversión radical, es imposible toda vida nueva guiada por el Espíritu.

¿Cómo surge el hombre nuevo? Desde la muerte. El hombre nuevo es el que mediante su sacrificio y muerte va preparando lo nuevo.

b. — Crecimiento del hombre nuevo

El cristiano ha nacido a una vida nueva, participación de la del resucitado, que es un continuo quehacer. Como lo viejo coexiste aún en este mundo, debe vivir en una continua tensión. Pablo en la epístola a los colosenses describe el despojo del hombre viejo y el crecimiento del nuevo:

Col 3,5-9

Se dirige al bautizado que ya ha sido liberado del mundo pecador. Lo exhorta a no ceder en esa lucha lenta y progresiva de “mortificar los miembros terrenos”, o sea eliminar lo pecaminoso que tienen. Alude a la mentira que es rehusar poner el fundamento de la propia existencia en Dios, para alienarse entregándose a los ídolos falsos que en este caso son la absolutización del sexo y el egoísmo.

Col 3,10-15

Señala el modo cómo debe crecer ese hombre nuevo. Ante todo es un hombre en continua búsqueda del conocimiento de la voluntad de Dios, que se nos manifiesta en los acontecimientos de la historia. En esto sigue el ejemplo de Jesucristo, que en su búsqueda de la voluntad del Padre nos manifestó el misterio, la voluntad salvífica universal. Es un hombre universalista que busca la unión, por lo tanto rompe toda clase de barreras raciales, religiosas, sociales y culturales que dividen al género humano desde la caída del primer Adán.

Es un hombre imitador de Cristo, ya que es su único impulso de vida en esta realización. Y sobre todo es un hombre que ama. Pablo resume todas las recomendaciones en el v. 14: “Y por encima e todo esto revestías del amor, que es el vínculo de la perfección”. Jesús ha revelado al mundo el amor de Dios hacia los hombres. Testimonio supremo es su donación en la cruz, donde se constituye nuestro salvador. Imitar a Cristo es amar como él ha amado, saliéndose del propio egoísmo y donándose a los demás en un esfuerzo constante por construir un mundo verdaderamente humano. En Juan

[10] el hombre que “nace de arriba” tiene un solo mandamiento, el “precepto nuevo” del amor fraterno:

“Os doy un mandamiento nuevo:
que os améis los unos a los otros.
En esto conocerán que sois discípulos míos:
si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn 13,34-35).

Donarse a los demás es el modo de existir nuevo de acuerdo al plan de Dios. Dar la vida implica emplearla en beneficio de los demás, existiendo para los otros.

El Vaticano II recuerda que “el pueblo mesiánico tiene por ley el mandamiento nuevo de amar como Cristo nos ha amado” (LG 96). Cuanto más se escruta el NT más llama la atención el lugar básico que ocupa el amor al prójimo. La Ley, que es la expresión única de la voluntad de Dios, está contenida íntegramente en el mandamiento del amor al prójimo: “Aquel que ama al prójimo ha cumplido por este solo hecho, la ley... La plenitud de la ley es el amor” (Rom 13,8-9). Esta dimensión horizontal del amor no excluye, sino que exige la dimensión vertical de la fe, porque el amor al prójimo es una actividad de Dios mismo que actúa en lo más hondo de nuestro ser. La fe obra por la caridad, y el amor al prójimo es signo de toda fe auténtica (Gal 5,6).

De aquí que el culto auténtico del “hombre nuevo” sólo puede ser el “espiritual”: “Ofreced vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual” (Rom 12,1). Esta víctima simboliza la vida de amor entregada a los demás (LG 34,b). Naturalmente este culto será pleno y perfecto cuando se celebra esa entrega en forma festiva y comunitaria.

c. — Nueva comunidad

Cristo resucitado llevó a cabo el plan que Dios había confiado primero a Adán y luego a Israel: llevar la salvación a la humanidad entera. La comunidad nueva es la Iglesia, donde se hallan derribados “los muros que separaban” para formar un solo cuerpo, una sola gran familia humana en la cual todos tienen acceso a Dios.

Ef 2,14-18

En esta nueva humanidad Cristo es la cabeza y jefe. Como Cristo es vínculo de unión y fuente de unidad, así debe ser el bautizado en esta nueva fraternidad universal inaugurada en la Pascua de Cristo.

[11]

4.— Cristo, Señor del universo nuevo

El universo, bíblicamente, no se lo considera tanto como una mera creación sino como campo de acción del hombre. No interesa tanto su evolución natural cuanto su historia. El universo se ha vuelto viejo porque el hombre se ha vuelto viejo, pecador. Por lo tanto al mundo se lo debe mirar en clave antropocéntrica.⁴

La aparición del hombre nuevo nos remonta necesariamente a la creación.

Rom 8,20-21.

La creación ha sido sometida a la vanidad o sea al fracaso. Alude a la tentativa del hombre de llegar a la propia autodeterminación, concluida en cambio con la propia autodestrucción, que se refleja necesariamente en el universo. De allí que en su situación actual anhele y espere su liberación futura. Si la creación tiene que acceder a la salud, ésta tiene que ser aportada por el hombre nuevo:

Ap 21,1-5

Esta descripción apocalíptica, a través de su lenguaje mítico, no quiere fotografiar el mundo futuro, sino alimentar la esperanza de nuestra fe. ¿Cómo subsistirá el mundo en el futuro? La fe cristiana entrevé un mundo transfigurado, recreado por Dios. Esto no es pura fantasía sino que se apoya sobre el convencimiento de la renovación actual del hombre nuevo, de su nuevo modo de vivir. Será precisamente por esto que el universo en el que los hombres viven se revestirá de una forma nueva. Será una restauración (Act 3,21) o mejor un nuevo nacimiento (Mt 19,28). Consiguientemente no será por vía de destrucción, sino por maduración de la primera creación.

Col 1,15-20

Presenta a Cristo hombre nuevo, como primogénito de toda la creación. Él es primicia y principio del poder creador de Dios. En él radica toda la plenitud, ya que lleva consigo el universo entero a fin de volver a ordenarlo en Dios y reconciliarlo con Él: "Dios por medio de él reconcilió todas las cosas consigo". Así Cristo, el hombre nuevo, mediante su Pascua, vuelve a dar vida a la auténtica vocación del hombre en la hominización del mundo. En su resu-

⁴ R. Schnackenburg *Présent et futur*. Paris, Cerf 1969, p. 85.

[12] rrección nació un nuevo cosmos del que es el principio vital, pero que todavía está en germen porque el pecado lo ahoga constantemente.

Por lo tanto en el hombre nuevo recae la misión de cumplir a lo largo del tiempo, guiado por el espíritu de Cristo, la reordenación del mundo. La vocación del hombre, es someter al mundo, no ser sometido por él. Los colosenses concedían al mundo un carácter autónomo, a través de los principados y potestades, independiente de Dios. En cambio Pablo les muestra que la autonomía del mundo, el dominio de sus leyes y fuerzas, debe estar al servicio de los hombres, según el espíritu de Cristo.

C. — Hacia una nueva humanidad

1.- Búsqueda del hombre nuevo

La Biblia al hablar del hombre nuevo se expresa en un contexto cultural propio. Para poder captar su mensaje debemos desimplicar el sentido original partiendo de nuestra situación existencial y ver luego cómo nos interpela hoy la palabra de Dios. Debemos procurar realizar una sintonía de horizontes, tratando de homologar nuestras situaciones con aquéllas. Cuando el kerygma bíblico destaca un valor, éste no se pierde más, sino que se va profundizando constantemente.

Es un signo de nuestro tiempo que el hombre contemporáneo, oprimido por el pecado, trabaje ahincadamente, pero con esperanza, para descubrir su auténtica vocación y poder construir el “hombre nuevo” de una dimensión, plenamente humana.

A partir de los tiempos modernos, las esperanzas concretas de algo nuevo en la humanidad se fueron alejando de la Iglesia y se fueron canalizando en los movimientos revolucionarios y cambios sociales urgentes, mientras que la Iglesia, prudentemente, se dedicó más a cultivar la tradición e interpretar el pasado (Moltmann). Ahora debe volver urgentemente al dinamismo que le dio Cristo y volver a ser el germen de “lo nuevo”. Sólo de este modo será el sacramento de la esperanza que debe ser.

¿El anhelo y esfuerzo de tantos -hombres, que no pertenecen a la Iglesia, para lograr un hombre nuevo, entra en el plan de Dios? De acuerdo a lo dicho al comienzo, el proyecto de Dios está inscripto en lo más profundo de la naturaleza humana. Es Cristo quien lo ha grabado y lo va haciendo madurar, de tal modo que todo lo autén-

[13] ticamente humano es un paso a la plenitud del plan divino. Cristo no sustituye al hombre en la realización de la historia, sino que su acción salvadora se ejerce directamente en el plano de las opciones personales y a través de ellas en las causas autónomas del mundo. De allí que la plenitud divina, que ofrece el evangelio, va en la misma línea de la liberación que busca el hombre. Hay una perfecta homología en esas aspiraciones fundamentales que se caracterizan como signos de los tiempos. Por lo tanto “hombre nuevo” es el que lleva el amor liberador de Cristo resucitado a toda la trama de relaciones en que se mueve: religiosas, morales, sociales, políticas, económicas, procurando que el hombre se realice como persona.

Cristo murió por todos, también por los hombres de buena voluntad en cuyo corazón la gracia obra de un modo invisible y no son tan claramente conscientes de la vocación divina que Cristo nos reveló. El Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que en la forma de solo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual (LG 22). “Hombre nuevo en Cristo” es todo el que, explícita o implícitamente es fiel a su vocación humana, procurando descubrir a Dios en cada nuevo acontecimiento de la historia.

Querer fotografiar lo nuevo del hombre del futuro, reduciéndolo a un lenguaje determinado, es imposible; pero de acuerdo a la modalidad bíblica se pueden trazar pautas:

- Todo lo negativo debe ser anulado; aunque no sabemos lo que es auténticamente humano, sí conocemos bien lo que es auténticamente inhumano.
- Hay analogías que nos pueden sugerir lo nuevo del futuro: la libertad, la justicia, etc.
- La esperanza de un hombre nuevo, que se fundamenta en las experiencias del pasado, debe contar siempre con el elemento sorpresa y novedad. Verter experiencias nuevas en moldes tradicionales y viejos es anularlas, “vino nuevo en odres viejos”. Hay que estar sujetos a continuas correcciones de acuerdo a las nuevas situaciones.

2. — Intentos latinoamericanos concretos

En nuestra concreta situación latinoamericana, hoy se siente más que nunca el fermento de “lo nuevo”, especialmente en el ámbito de lo juvenil, más sensible a estas realidades. Dada nuestra situación de dependencia, lo nuevo toma formas bien precisas. Se está en una apasionante búsqueda. Hay, entre otros, dos intentos que,

[14] creo, sintonizan perfectamente como relecturas, con la experiencia bíblica: la teología de la liberación y la educación liberadora.

a. — Teología de la liberación⁵

Es una respuesta actual a la dialéctica *fe y existencia humana, reino de Dios y construcción del mundo*. A través de un largo proceso se intentó interpretar esa tensión en base a las categorías sociales, desarrollistas e integracionistas, reflejo de cada momento histórico. Sirvieron para ir aclarando el campo: superar el dualismo temporal-espiritual, acción social-acción pastoral y sobre todo sustituir una teología esencialista y abstracta con una teología concreta e histórica.

A partir de Medellín se ve con claridad que los términos actualmente se manifiestan en clave de dependencia externa y dominación interna en todos los sectores. Esta es una situación de pecado (Mt 2,1). Es un mundo viejo, la humanidad pecadora de que nos habla la Biblia. El cristiano, liberado del cuerpo de pecado, si quiere vivir su auténtica vocación humana y cristiana de hombre nuevo, no puede permanecer en esa opresión, debe liberarse. Esta liberación debe efectuarse no abstractamente sino en la praxis social que es el lugar donde juega su destino de hombre y su fe en el Señor de la historia. Por lo tanto, en Latinoamérica, cristiano es el “hombre nuevo” que vive su fe a través de la praxis liberadora, hacia nuevos cielos y nueva tierra.

Esta liberación debe manifestarse necesariamente a tres niveles:

- Liberación social, política y económica de los pueblos ricos y las clases opresoras hasta que el pueblo oprimido logre tener en sus manos las riendas de su destino.
- Liberación de todo ‘lo que frene e impida la plena hominización y humanización del hombre. Esto implica la conquista de una libertad real y dinámica, continuamente revolucionaria, capaz de oustruir un mundo donde sea posible este hombre nuevo.
- Liberación del pecado; es la más profunda ya que el pecado es la raíz de toda opresión y estructura opresora.

Esta liberación total hace al hombre auténticamente libre porque le permite vivir en comunión con Cristo, plenitud y cima de la fraternidad humana.

⁵ G. Gutiérrez *Teología de la Liberación*. Salamanca, Sigüeme 1972.

[15]

b. — Educación liberadora⁶

Muy bien expresada en los libros de P. Freire. El hombre latinoamericano vive alienado pues se le niega construir su “proyecto histórico”. Actualmente toma conciencia de ésta realidad y busca construir el “*hombre nuevo latinoamericano*”. Pero en esta lucha liberadora corre el peligro de caer en una opresión más inhumana, identificándose con el opresor, si además de las estructuras no logra cambiar su actitud personal.

Ese cambio sólo puede producirlo la educación liberadora, que convierte al educando en sujeto de su propio desarrollo y capaz de construir creativamente su mundo cultural.

La educación actual, más que educación es una domesticación, que forma hombres oprimidos que sólo piensan en tener más. Corresponde a una sociedad envejecida, estática, esclava de la repetición de normas, hábitos y técnicas. Individualista ya que forma exclusivamente para la competencia y la rivalidad. Es pasiva, pues el educador posee toda la verdad y la enseña autoritariamente (educación bancaria) Sintetizando, es una educación antihumana y por lo tanto anticristiana, cuyo fin es formar cosas, autómatas negándole al hombre el ser más y así tener la posibilidad de hacer y transformar el mundo.

En cambio la educación liberadora busca formar personas auténticas que se plenifiquen, que sean más. De allí que las forma para el cambio. Corresponde a una sociedad nueva, que incentiva la creación y la acción reflexiva de los hombres sobre el mundo para transformarlo. Busca formar personas que vivan en comunidad, de allí que las forme para el diálogo, que sólo es posible donde hay amor y libertad. La verdad ya no es propiedad absoluta del educador, sino una búsqueda activa y continua, de allí que el educador sea un educando y el educando un educador. Es una educación que considera al hombre como ser en relación: comunión con Dios, con los otros hombres mediante la fraternidad para dominar el cosmos. “El Hombre nuevo” sólo se va formando a través de una educación liberadora.

Sintetizando la presentación bíblica y de acuerdo al contexto contemporáneo el “hombre nuevo” es un ser-en-construcción que debe culminar forjando la imagen de Dios: ser-con-otros-en-el-mundo-abierto-al-Absoluto Hasta que no llegue a esa meta el hombre

⁶ P. Freire *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires 1972.

[16] no está acabado. Pero cada paso en humanidad, cada opción que lo hace crecer es un paso para el alumbramiento de ese hombre nuevo. Sería un error, propio de un dualismo espiritualizante, colocar la Parusía y por ende el destino del hombre nuevo en un plano paralelo o distinto al de la historia humana. La historia es la paulatina revelación del hombre que Dios mismo ha proyectado y que el Espíritu de Dios hace ad-venir a su propia plenitud (GS 38).

Por lo tanto, “hombre nuevo” es el que vive en comunión con Dios, guiado por el Espíritu, fruto de un profundo cambio interno. Partícipe de la Pascua de Cristo, es un hombre libre que toma la liberación como su quehacer y compromiso fundamental. Su método es ver a Dios en los acontecimientos; por lo tanto no absolutizará los valores, sino que estará en estado de continua búsqueda y diálogo, rechazando las soluciones fáciles e inmediatistas. De este modo responderá a su bautismo vocacional.

Tratará de formar una gran familia humana unida; por lo tanto su ética será el mandamiento del amor al más pobre y oprimido, identificándose con él en un amor de entrega y compromiso. Será un hombre profético, crítico frente a la realidad, cuestionando los valores a la luz de la palabra de Dios. Su culto será el espiritual, secularizado.

Será un hombre que tratará de dominar la naturaleza y el universo pero en función de los hombres. Un hombre netamente escatológico, con su mirada al dinamismo del futuro.

El hombre de hoy debe tomar conciencia más que nunca que con sus actitudes concretas y diarias está constantemente aportando al advenimiento o al retraso de ese hombre nuevo que Dios proyectó.